

CAPITULO III.

DONDE COMIENZA LA HISTORIA DEL PRIMER APARECIDO.

I.

El Conde del Jaral, obedeciendo la imperiosa voz de Blanca de Montemolin, penetró en el aposento donde quedó encarcelado como en número cuatro. La posición de Don Fernando nada tenía de envidiable, y vista por el lado del noviazgo, era aún más crítica, no obstante de ser solterón; confesamos que el lance de esperar el dulce y encantador halago de una esposa, y verse repentinamente constituido en reo confeso, es demasiado sensible, por no decir doloroso. Comenzó Don Fernando por fastidiarse de su traje, que tenía todos los arreos del depuesto. Despojóse de los guantes blancos, desabotonó el ajustado chaleco, y se constituyó en tren de desesperación.

—¿Qué dirá Eloisa de esta falta de caballerosidad?.....El señor Mons debe estar desesperado y queriendo guillotinar-me. ¡Dios mío!..... mi situación es espantosa!.....¿qué querrá de mí esta mujer?.....en todo pienso, menos en que se ha de reconciliar; no obstante, cuento con su amor que puede salvar-me.....¿Qué dirá toda la familia?..... A saber que era la hija de Don Luis de Borbón, no contraigo nupcias con la señorita Mons.....Por otra parte, no creo que Doña Blanca me aceptará en matrimonio; el viejo Conde de Morella la destina á un joven de la aristocracia inglesapero yo no puedo permanecer en una situación tan violenta!

Don Fernando se paseaba por el aposento, sin encontrar en el laberinto de sus ideas una sola que alumbrara aquel caos. Había oído las palabras del estudiante.

--¡Demonio! ese es otro enemigo gratuito; yo ignoraba tener espía tan cerca; no perdona ese majadero de estudiante la burla, y yo soy el blanco de sus iras; ¡estoy divertido!

II.

Doña Blanca se reclinó tranquilamente en su sillón luego que Mondoñedo hubo desaparecido. La impetuosa joven había entrado en calma: aquel desengaño terrible la tenía ano-

nadada. El hombre de su amor estaba en su poder, ¿y qué conseguía con arrebatarse por la fuerza aquel sacrificio que ella hubiera deseado se le ofreciera en aras de su cariño? Sabía que Don Fernando imploraría su perdón; pero que viéndose libre, correría á satisfacer á la señorita Mons, y esta nueva falta la colocaba en la evidencia más espantosa. No obstante, el golpe estaba dado, y Dios diría el porvenir. Por otra parte, era necesario dar alguna solución á quel estado tan tirante. Después de pensar mucho, el sentimiento de los celos comenzó á preponderar, y acabó por imponerse en el corazón de Doña Blanca.

Resolvióse á mantener al Conde algunos días en la casa, para hacer imposible toda satisfacción con la familia de su novia. Agitó la campanilla y el sacristán se presentó.

—A ese caballero le afreeceréis cuanto necesite, queda encargado bajo vuestra custodia; le prohibo salir de su habitación.

Pocos momentos después se oyó el ruido de un carruaje que salía de la casa.

—Se marchá, dijo Don Fernando, y me deja prisionero.

III.

El sacristán se presentó á recibir órdenes del Conde.

—¿Cuáles son las instrucciones de tu señora?

—Que estais libre, menos para salir á la calle.

—No entiendo ese género de libertad, murmuró Don Fernando, y luego añadió: Dí á la señora que quiero hablarle.

—La señora acaba de salir, y no se sabe cuándo estará de vuelta.

—Pues entonces nada necesito.

—Esta bien.

—El sacristán se retiró dejando al infeliz novio pasar solo la primera noche de sus bodas.

Pues señor el momento de la crisis ha pasado, entremos en la calma; por esta vez no dirán que yo me quitado el lazo matrimonial: el dios de los desposados me rechaza, me desprecia, rueda la bola!.....qué mal hace con dejarme impresionar! Aunque la hija de Borbón tiene un empaque terrible.....á las mujeres de esa raza les sobra el ánimo que falta á los varones; ¡demonio! me aterroriza, lo confieso.....pero Eloisa?.....no, este ha sido un lance pesado.....¿y los convidados?..... y el cura?..... vamos, yo necesito fugarme, huir de México, y abandonar to-

dos mis negocios. He aquí lo que esperaba Doña Blanca, y el único medio de salir, aunque no de una manera airosa, de tan crítica situación.

—Es necesario meditar sobre el particular; Blanca ha de haber tomado sus precauciones para el caso de una evasión; es necesario comenzar por fingirse enfermo, esto es un principio, veremos, veremos á donde voy á parar.

IV.

Transcurrieron tres días eternos. Aquello era demasiado para un hombre como Don Fernando. El Sacristán le servía particularmente, no había por qué quejarse de la prisión, ni menos del alcaide. El Conde había leído trozos de todas las novelas que tenía la joven en su pequeña biblioteca, pero se fastidió soberanamente.

—Qué más novela, decía Don Fernando, que la que me está pasando, esto ya va poniéndose turbio, y este diantre de sacristán que es incorruptible, no parece sino que una estatua me hace los honores.

Paseábase el mancebo pensando ya de una manera concienzuda en el modo de salir de la casa de Doña Blanca.

Don Fernando se fingió enfermo, consecuente con su primer plan de operaciones.

El sacristán le dió algunas medecinas; pero la enfermedad continuaba, y era, según el parecer del galán enjaulado, nada menos que una fiebre espantosa.

El sacristán, por encargo de Blanca, veló á Don Fernando dos noches; éste seguía desempeñando su papel á las mil maravillas.

La joven, cediendo á un rasgo de generosidad había acudido en el silencio de la noche á la cámara de Don Fernando; había pasado su mano trémula en aquella frente acariciada con entusiasmo en sus horas de pasión.

El Conde se apercibió de las visitas de Doña Blanca, y no aparentó despertar del sopor en que se hundía voluntariamente.

Blanca, resentida de una manera dolorosa, no se sentía inclinada al perdón; además, que su ambición tomaba creces, y estaba segura de que el rey Don Juan de Borbón no prestaría jamás su consentimiento á semejante matrimonio, y oponerse á su voluntad equivaldría á perder la esperanza de un reconocimiento.

Deseosa de cortar por completo con el Conde, se resolvió á dejarle en libertad; pero exigiéndole el secreto sobre lo que imprudentemente le había revelado en un acceso de violencia.

V.

El Conde meditó una de aquellas salidas que le eran geniales, y tomó su resolución.

Hemos dicho que el sacristán había velado dos noches consecutivas, y ya estaba rendido y acosado por el sueño.

Permanecía el buen hombre arrebuñado en su capa y arrellanado en el sillón que estaba á la cabecera del enfermo.

La luz era opaca y sus rayos amortiguaban sobre el velador de porcelano.

El Conde estaba en acecho.

Luego que por la respiración trabajosa del viejo conoció que estaba profundamente dormido, Don Fernando pasó una de las sábanas entre los brazos del sillón, y ató al sacristán perfectamente.

Despertóse el anciano, pero no pudo moverse.

—Si gritais, le dijo resueltamente Don Fernando, os ahogo como á un miserable.

El sacristán guardó silencio.

El Conde cortó el cordón de la campanilla, y ató los pies del infeliz sacristán, que se convertía en preso después de haber desempeñado el papel de guardador.

Desató la sábana, y cargando con el viejo, lo puso sobre el lecho después de sujetarle las manos.

En seguida tomó un pañuelo y lo puso como una mordaza á la boca despoblada del viejo; lo cubrió completamente con la sobrecama, tiró las cortinas y tomando la capa antiluviana del sacristán, se echó en busca de la salida, lo que no le costó gran trabajo.

—¡Demonio! ya estoy en salvo, exclamó Don Fernando al verse en la calle, y se dirigió á la Casa de Diligencias.

A las cuatro de la mañana en punto partió el carruaje, y el joven calavera le dió un tierno adiós á la gran Tenoxtitlán.

VI.

Blanca quiso humillar al Conde manifestándole todo el peso de su indiferencia, y armada de un valor desconocido, entró resuelta en la estancia.

Sentóse en el sillón donde fué capturado y sorprendido el sacristán

—¿Dormís, señor Conde? dijo con calma.

El Conde no podía responder, porque ya iba cerca de Ayo-tla, y el sacristán, aunque permanecía cerca de la joven, estaba privado del uso de la palabra por el ligero inconveniente de la mordaza.

Durme aún, dijo Blanca: es necesario despertarle. Don Fernando!.....Don Fernando!.....

El sacristán se rebulló.

Ha despertado, murmuró Blanca. Es necesario que salgais hoy mismo de esta casa; se os llevará con todo cuidado á la vuestra, mi carruaje está á la puerta.

El sacristán hizo un movimiento más desesperado.

—Os ahoga la desesperación? continuó la Condesa; pues vos y sólo vos, teneis la culpa del estado á que hemos llegado.

El sacristán luchaba con las ligaduras.

—Veo, prosiguió Doña Blanca, que os molestan mis palabras y seré breve: ya nada existe entre nosotros sino el indiferentismo y el olvido.....no traigais nunca á vuestra memoria nuestros amores, yo los he arrojado de mi alma para siempreComo es la última vez que nos vemos, quiero hacer os una última súplica.

El sacristán, picado de la curiosidad, no se movió.

—Yo os ruego, caballero, que no me descubrais, sabéis que soy la emisaria de Don Juan de Borbón, y teneis mi destino en vuestras manos: fíe en vuestra nobleza y caballería que guardareis silencio sobre este misterio.

Como continuase el supuesto Conde en el mismo silencio, la joven lo tomó por un marcado desdén, y sin poderse contener tiró de las cortinas del lecho y descubrió al infeliz viejo en la situación triste en que lo había dejado el calavera al tomar las de Villadiego.

Enrojóse el semblante de Doña Blanca al encontrarse presa de la burla del mancebo; hirió con su planta el pavimento y salió llena de desesperación de aquella estancia.

VII.

Don Fernando llegó á Veracruz, después de haber hablado reservadamente con los hombres más comprometidos de la intervención en Puebla, en Orizaba y Córdoba.

En la ciudad heroica fué descubierto por uno de sus mismos cómplices; lo supo á tiempo y tomó iglesia en el Paquete Americano.

Luego que el Conde entró en la cámara del buque, dos personajes, que son conocidos de nuestros lectores, salieron á su encuentro.

—Nos hallábamos inquietos, señor Conde; temíamos seriamente por vuestra existencia.

—No hay cuidado. Mr. Wask, soy hombre acostumbrado á estos trabajos y difícilmente me sorprenden; y vos, Sr. Manzanedo, cómo os encontráis?

—Perfectamente.

—Qué os escriben de Inglaterra?

—Que todo va viento en popa.

—La ciudad está en alarma, y según el cálculo de los marinos, hoy tendrá lugar el arribo de la escuadra.

—Ya se dilata más de lo que creíamos, dijo Wask.

—Pero al fin llegará; tengo una viva impaciencia; porque el ejército de Juárez se organiza y esto puede prolongar la resistencia.

—Todo ello será infructoso, respondió Wask con arrogancia: ante las armas de cualquiera de esas naciones, seguro estoy de que retrocederán esas chusmas.

Manzanedo hizo un gesto de profundo disgusto, y es que el sentimiento del patriotismo nace con el hombre y se mueve al menor aliento, sean cuales fueren los extravíos del pensamiento.

—Este orden de cosas, dijo Don Fernando, no puede subsistir: pronto tendremos una elección, y ella determinará del porvenir de México.

—A nosotros nos importa nuestro *negocio*, los millones de Jecker y nada más.

—Saligny se encarga de este asunto con más ardor aún, que nosotros.

Húndase México, pero sálvense nuestros intereses.

Manzanedo guardaba un silencio profundo; las sierpes sedientas del remordimiento comenzaban á enroscarse á su corazón.

Luchaba por la candidatura del príncipe Don Juan, porque en ella veía su porvenir; pero le inspiraba terror ver que con sus trabajos ayudaba tal vez á esclavizar su patria. Sabía que en Europa, las naciones débiles arrastran la cadena del sentenciado, y temblaba ante ese espectáculo sangriento.

Desde niño había dejado á México, no recordaba más que tenía una patria.

Al tornar á las playas de la República, volvió á amar á la madre abandonada; más ¡ay! venía á hundir el puñal de la traición en sus entrañas!

Manzanedo estaba sombrío, triste, meditabundo, su alma vagaba en las tinieblas de la lucha y se asomaba á la cima obscura del abismo.

Hubiera dado su vida entera por no haber abandonado las orillas del Támesis; porque su corazón era bueno y le decía con sus latidos que era un crimen nefando el que estaba cometiendo.

La noche del 15 de Julio se sintió conmovido, cuando escuchó en la tribuna la voz del sentimiento patrio, aquellos arranques del orgullo nacional ofendido.

Pensaba lo noble y grande de la resistencia ante un peligro tan inminente, le espantaba pensar en la catarata de sangre que iba á extenderse en los campos de la República; sangre de hermanos, sangre brotada del corazón virgen de la patria.

Aquella fantasía estaba próxima á extraviarse, la sostenía esa llama siniestra de la ambición que proyecta una sombra maldita, en las linfas purísimas del alma.

Manzanedo estaba acosado por el remordimiento, sus noches eran horribles y estaba nada más que en el prólogo de su obra.

VIII.

Un ruido extraño que se levantaba en los ángulos todos del vapor, interrumpió la conversación de los tres amigos, que siguieron el movimiento de la tripulación y de los pasajeros, que en grupos se lanzaban á la cubierta.

No habían ascendido aún por la escalera de la cámara, cuando el Jackson saludaba á la escuadrilla, que apareció en las aguas de Veracruz.

—¡Están á la vista!—gritó Wask, en un arranque de entusiasmo.

—Es la escuadrilla, exclamó el Conde del Jaral. ¡Pobre México!

—¡Pobre México! repitió convulsivamente la voz apagada de Manzanedo, y su cabeza se inclinó con profundo abatimiento.



CAPITULO IV.

DE COMO UNA CHISPA TELEGRAFICA PUEDE INCENDIAR
UNA NACIÓN ENTERA.

I.

El general La Llave, esa figura majestuosa que se levanta en el pedestal suntuoso de las glorias patrias, ese coloso de la revolución reformista, ese mito de los caballeros de su época asesinado por el puñal de la traición y de la barbarie, fué el espíritu fuerte con quien chocó la idea intervencionista en el día primero de su realización.

El pueblo de Veracruz estaba en torno de su héroe, como los israelitas pendientes de los labios de Moisés: aquel hombre posado sobre las rocas del suelo natal, viendo acercarse las naves extranjeras, era el genio del patriotismo sentenciado el pensamiento del viejo continente, que se trazaba por barcas guerreras sobre la página inmensa del Océano.

El hombre tendió el brazo y señaló al Mediodía.

El pueblo comenzó en grupos á abandonar la ciudad.

Los hogares quedaban abandonados.

Los viejos lloraban, hubieran deseado oír los fuegos de las baterías de Ulúa y de los baluartes de tierra.

Las mujeres llenas de indignación, alentaban á sus esposos é hijos para la defensa de la patria.

La juventud veracruzana, llena de entusiasmo y rebosando de ese ardor que circula por sus arterias, cedía á la voz de su general y se encaminaba rumbo á las gargantas y desfiladeros inaccesibles de la Mesa Central, para disputar el paso á los invasores.

II

Juárez pronunció su primera palabra bajo el dosel magestuoso de la Republica.

Llamó á la guerra con ese acento terrible de sus antecesores.

No era la voz débil de Moctezuma II, era el acento sonoro

y vibrante de Guautimotzin, atrayendo sobre su frente el rayo.

Aquel acento concentrado, clamaba al porvenir en la hora primera de esa lucha sangrienta, que comenzaba en las orillas de nuestros mares.

La Europa armada en corso se presentaba en son de guerra, segura de la victoria.

Medio siglo hacía que aquellas banderas que se ostentaban arrogantes á la vanguardia de la expedición, se habían arriado delante de las armas vencedoras de los independientes.

Venían en pos de la revancha.

Se les daría cumplida.

A la voz autorizada del jefe de la nación, respondió un eco terrible de guerra que reprodujeron los bosques seculares de América y vibraron en el seno de fuego de nuestros volcanes.

Desde los palacios hasta las chozas, desde las ciudades hasta las aldeas, cundió aquel fuego abrasador del patriotismo.

Los hierros de la labranza se tornaron en armas para la defensa nacional; la gente pacífica se improvisó en caravanas guerreras, que comenzaron á atravesar en todas direcciones el suelo de la República.

Las mujeres deseaban que sus hijos y esposos se distinguieran en tan gigante lucha.

Comenzaron los donativos, las manifestaciones patrióticas, la propaganda de la palabra en el tribunal popular, las lecciones en el hogar, donde los niños se agrupaban á escuchar de labios de los viejos, las historias de la independencia, á beber en aquellos relatos, el aliento de la fé; porque acaso esas tiernas criaturas crecerían durante la época de los combates, y era necesario preparar á aquellos que debían engrosar las filas de los independientes.

Los batallones tomaron el nombre de los héroes, se bendijeron los estandartes, se cantaron himnos patrióticos, y se juró ante los altares de la patria, derramar hasta la última gota de sangre antes que doblegar la frente ante la Europa conquistadora!

¡Que bello espectáculo el de un pueblo que camina en masa á defender las tumbas de sus mayores!

¡Que sublime confusión la de ese ejército, desordenado, en que se confunden los viejos, los jóvenes, los niños, y hasta las mujeres, todos saludando á una bandera, todos invocando al dios de las batallas, al genio de las nacionalidades!

Patria mía! ya llega ante tus aras un pueblo arrepentido, á llorar sobre esa sangre derramada en la lucha fratricida!..... perdona sus errores, ya va á lavar esa sangre que salpican tus estandartes, va á regenerarse en el campo ante las armas

extranjeras; bendícelo, él caerá como bueno en el combate, invocando tu nombre y legando su espíritu batallador á las generaciones del porvenir!

III

El general Uraga llegó el 10 de Diciembre á Veracruz. Inmediatamente se puso de acuerdo con el inolvidable general Llave, y se expidió un decreto en que se prohibía, bajo pena de muerte, toda comunicación con el enemigo; se proscribió toda idea que trajese la liga, la amistad, la complicación con el extranjero.

Se mandó alejar cuantos elementos pudiera reunir el invasor, y al abandonar la ciudad, se clavaron las piezas, se incendió el parque que no era posible poner fuera del alcance enemigo, y las tropas se alejaron, dejando al Ayuntamiento que permaneciera hasta el momento del desembarque.

Aquel pueblo patriota, abandonaba sus hogares sin pesar, y alegría más grande reinaba en la caravana.

Los medios de transporte faltaban, y sin embargo, personas distinguidas, emprendían el camino á pié, haciendo alarde de su noble exageración.

Sigamos á algunos grupos donde van conocidos de nuestros lectores.

—Demonio, decía Felipe Cuevas, hace un sol de noventa grados; se me van á derretir los galones de mi uniforme nuevo.

—Yo voy achicharrado, mi faz se ha puesto negra como la de un habitante del congo.

—Una vez en Washington Street, íbamos entre la nieve, sin encontrar un trineo..... has de saber que yo sé patinar admirablemente.

—Mira, Felipe, donde patinas es en la boca del estómago; tú tienes la culpa de esta infernal peregrinación: si no me hubieras ponderado el pescado fresco, no estaríamos en situación tan triste, caminando á pié enjuto y cuerpo mojado por estos vericuetos.

—No tengo la culpa de que el tren haya suspendido sus viajes; en cuanto al pescado fresco, es otra cosa.

—En cuanto al pescado, yo creo que nos lo cambiaron por tiburón, porque todavía tengo retortijones.

—Es que no sabes de esas comidas: cuando en Nueva York sirven por primera vez los ostiones.....

—Sí, hombre, interrumpió Santiago González, ya sé lo que hacen; lo mandan á uno disponer y hacer testamento.

—No es eso.

—Mira, sentémonos, porque ya dejó los zapatos entre la arena.

—Betuviéronse los estudiantes, que nacidos en la zona templada, ya agonizaban de fatiga.

—Que dirá el maestro Navarro?

—Nada, más decimos nosotros; ojalá que en llegando nos mande arrestados, esto y más merecemos por haber bajado á Veracruz, que tan mal me ha recibido.

—El uniforme es pesado.

—No importa, al fin de contrata, y pesa más la cuenta del sastre.

—El calor es abominable.

—Los moscos me han sacado diez libras de sangre y me han puesto como un Cristo.

—Yo estoy hecho un San Lázaro y estos diablos de animales se regocijan; parece que no les parezco tan mal.

—Querido, con estos piquetes, y que nos plante la fiebre amarilla, nos divertimos de lo lindo.

—Todos unos doctores del Cuerpo Médico del Ejército, pedirían auxilio á una vieja para que los alivie de los fríos ó del vómito.

—Mira, Felipe, exclamó Santiago González, viendo á un par de jóvenes lindísimas que, en compañía de un anciano, atravesaban por el camino.

—Parecen Lot y sus hijas, que cuadro tan interesante!

—Caba lero, ¿gusta usted de descansar un momento? dijo con galantería Felipe Cuevas.

—Sí, señores, nos detendremos unos instantes, respondió con acento firme el viejo, que al parecer y en realidad, era el padre de las muchachas.

—Caballero, nosotros somos oficiales de ambulancia, que bajamos á visitar la ciudad heroica.

—¿Y qué opinión han formado?

—Prescindiendo de los zopilotes y de las indigestiones, respondió Santiago, toda ella es hermosísima; su mercado es admirable, la pescadería no tiene precio; y en cuanto al suntuoso Hospicio, no lo tenemos igual en la Capital: la estatua es de mármol de Carrara, así como las baldosas; me dieron ganas de prenderle fuego al considerar que servía de albergue á los invasores.

—Afortunadamente, dijo González, el vómito prieto nos dará una venganza cumplida.

—Así lo espero, repuso Cuevas.

Por lo visto, los estudiantes se habían apoderado de la conversación.

—Y ustedes, señoritas, son veracruzanas?

—Servidoras de usted, dijeron las hermosas costeñas con

una sonrisa capaz de trastornar á toda la ambulancia del ejército republicano.

—Nosotros somos *huahuchinangos*, como se dice en Veracruz.

Las muchachas se hicieron una seña de inteligencia.

—¿Y hacia dónde se encaminan ustedes?

—Rumbo á Jalapa.

—Nos han dicho que Jalapa es una taza de azucenas; que aquella tierra es un paraíso en que las Evas se multiplican por los bosques de naranjos y chirimoyas.

—Agregan, dijo con prosopopeya Felipe, que el ángel vengador es el alcalde municipal, que arroja á los enamorados.

—No, no lo crea usted, dijo una de las jóvenes, á muy pocas falta un moscón que las fastidie.

—Señorita, usted me permitirá no estar de acuerdo en la palabra *moscón*; yo creo que merecemos otro nombre los que galanteamos á las señoritas.

—Pues transijo, serán *tábanos*.

—Le ha dado á usted por la historia natural; tenga usted la bondad de sacar á los enamorados de la familia de los volátiles.

—Cuestión de nombres.

—Es cierto.

—Sigamos, dijo el anciano, que el camino es pesado.

—Si ustedes gustan que hagamos el viaje juntos.....

—Tendremos satisfacción en ello.

Ya se habían acomodado los estudiantes con las jóvenes, cuando á mala hora llegó una litera.

—Es la nuestra, dijo el anciano, y tengo el sentimiento de no poder participar á ustedes de ella; vamos, niñas, arriba, que estarán fatigadas.

Ligeras como unas ciervas, saltaron al carruaje y saludaron dulcemente á los estudiantes, que se quedaron renegando del viaje y de la litera.

—¡Somos unos estúpidos! decía Santiago hecho un Luzbel de coloquio, hétenos aquí más fastidiados que de costumbre, y sin saber ni quienes son ni cómo se llaman esas ninfas que se nos han aparecido como las huries á los árabes del desierto.

—Una vez en Nueva York, dijo Cuevas, me pasó un lance....

—Por compasión te pido que localices tus historias en otro punto que no sea los Estados Unidos; hazlas en China, donde me aseguraste estuviste veinticuatro horas.

—Es corto el tiempo.

—No importa.

—Esta gente que no ha salido de su país, juzga consejas todas las anécdotas más verídicas.

—Entre ¡aréntesis, las muchachas me gustaron más que el viejo.

—Soy de la misma opinión.

—Quiera el cielo que las volvamos á encontrar.

—Temo que nos pase lo que con Isabel.

—¿Dónde vamos á parar si todas se fugan?

—Tienes razón.

—¡Pero este calor es insufrible!

—Échemos un trago de coñac para refrescarnos.

IV.

El Gobernador Llave quería dirigir una nota al jefe de la escuadrilla preguntándole el objeto de su arribo á las playas de la República; pero tenía orden de no entrar en contestación alguna con el extranjero. El 14 de Diciembre se desprendió una lancha de uno de los buques, que llevaba las insignias de mando, y pocos momentos después dos oficiales ponían en manos de la Llave una nota de Ruyalcaba en que prevenía la desocupación de la plaza y del castillo en el término de veinticuatro horas, y de no verificarlo emprendería un ataque formal. Agregaba que ocuparía los puntos en nombre de las potencias aliadas, manteniéndolos como *prenda pretoria*. La Llave contestó que por orden de su Gobierno desocupaba los puntos mencionados, y que la autoridad municipal velaría hasta el último momento por la conservación del orden. El día 16 de Diciembre, á las once y media de la mañana anunció el telégrafo que dos vapores españoles con bandera blanca zarpaban frente á Veracruz, y que veinte hombres con tres oficiales efectuaban su desembarque, anunciando que al siguiente día tomaría posesión la armada española de la ciudad heroica y del fuerte de San Juan de Ulúa. El guante de la Europa estaba arrojado sobre la arena de la República.



CAPITULO V.

DONDE SIGUE LA HISTORIA DEL SEGUNDO APARECIDO.

I.

En una preciosa casa de campo situada á orillas de Puebla, y en el cenador de un jardín atravesado por sendas de rosas y de arbustos y bañado por corrientes apacibles, estaban dos jóvenes en un tendilla plática de amores.

—Yo le amaba, decía la más bella, como ninguna mujer ha amado en el mundo, él era mi vida, mi pensamiento, la sola ilusión de mi alma apasionada; había encontrado en ese hombre cuanto aspiraba mi corazón y mi cerebro; yo le veía en sueños, le llamaba y él siempre acudía como una sombra respondiendo á esa voz inmortal de mi cariño!

—¡Pobre Eloisa! exclamó una de las jóvenes, tú nunca habías amado.

—¡Pluguiera al cielo que no le hubiera conocido! respondió llorando la señorita Mons.

—Veo algo de misterioso en cuanto ha pasado: esa desaparición tan repentina, en los momentos de tu enlace, ese billete traído á ahora tan avanzada, indica que Don Fernando ó dudó mucho al escribirle, ó le fué arrancado contra su voluntad.

—Yo me pierdo en un abismo, en un caos de dudas, y tal vez de esperanzas.

—Si ese hombre no hubiera tenido voluntad de contraer un enlace, ¿á qué esperar hasta la última hora para lanzarte al suplicio de una violenta situación?

—Sí, es verdad.

—Yo creo que hay algo que no está á nuestro alcance, algo que ha obligado al Conde á huir.

—Carolina, yo ignoro si le ha pasado alguna desgracia, nadie sabe su paradero, ha causado profunda sensación su conducta.

—El día menos pensado se presentará en esta casa á dar satisfacción de un proceder tan raro, y acaso le restituyas tu cariño.

—No, Carolina, yo no puedo perdonarle el ridículo espantoso en que me ha colocado; he tenido que huir de la Capital, abochornada por desaire tan injusto.

—No creo que la sociedad te culpe, las simpatías todas se arrastran en tu pos, y anatematizan á Don Fernando.

—Aun esa grita me espanta por él, mi padre no lo per-

donará nunca, espera la oportunidad de encontrale y su venganza será horrible.

—Hasta hoy todo está en contra del Conde, nada le favorece.

—¿Y quién podrá volverme todo el reposo que he perdido en un momento?

—El tiempo.

—Hay heridas sobre las cuales pasa leve ese aliento que todo lo desgasta.

Quedóse la joven hundida en el misterioso silencio en que se envuelve el alma en sus amargas horas de tristeza. Después, variando conversación tan enojosa, dijo á Carolina:

—Perdona si nada te he preguntado sobre las fatigas de la peregrinación.

—Nada notable, abandonamos á Veracruz con el sentimiento de dejarla entregada á los extranjeros; solo un incidente tuvimos en la travesía.

—¿Desgraciado?

—No, por el contrario, sumamente divertido. En el camino encontramos á dos oficiales de la ambulancia que nos florearón á las mil maravillas; ellos se lo platicaron todo sin dejarnos meter baza. El uno se llamaba Santiago y el otro es un original, Felipe Cuevas; papá estuvo divertidísimo con ellos, se habían constituido nuestros acompañantes, cuando cátrate que llega la litera y los dejamos plantados en el arroyo con un palmo de narices.

—Los nombres no me son desconocidos: teníamos un buen amigo llamado Mondoñedo, concoleaga de esos estudiantes, y nos contaba sus aventuras. A propósito de ese joven era íntimo del Conde, y desde aquella noche fatal no le hemos vuelto á ver.

—¡Vaya con los desaparecidos!

—Mondoñedo es un muchacho muy simpático; muy agradable, y sobre todo amigo excelente; papá lo quiero mucho, le hacía gracia cuanto le contaba, y Mondoñedo pasaba todas las horas de tertulia en casa.

—¡Cuidado, Eloisa, con esa simpatía!

La joven meneó la cabeza indicando lo distante que se encontraba de las sospechas de su amiga.

—No te he contado, prosiguió Carolina, el desenlace de mis amores; es una historia curiosa y divertida.

II.

Resonaron pisadas de caballos en los umbrales de la casa, y ruido de armas, y voces que vinieron á interrumpir la conversación de las amigas.

—Muchacho, gritaba un joven de ojos negros y mirada de águila, aquí está el Teniente Pablo Martínez; paso á la medicina, yo la vengo escoltando, no hay que oponer resistencia, porque le planto unas ventosas zajadas al primero que chiste.

Un dependiente de la casa del señor Mons salió al encuentro de Pablo Martínez, que era un chinaco moreliano, que según dicen sus compañeros, tenía los demonios en el cuerpo.

—Hola, Don Sebastián, aquí traigo una veintena de muchachos escoltando al jefe del cuerpo médico; no tenga usted cuidado, está dispuesto á amputar á usted la lengua siempre que lo necesite.

—Pase el teniente Martínez, que ya sabe que en esta casa es el "niño mimado."

—Muchachos, dijo Martínez, dirigiéndose á la escolta, estamos alojados perfectamete; pero el que cometa un desorden le mando dar doscientos palos.

La escolta penetró en el patio de la finca, y Martínez se marchó á charlar con Don Sebastián, que era persona muy atenta y de finos modales.

—¿Qué noticias tenemos?

—Que los extranjeros han desembarcado; ¿no ha leído usted la proclama?

—Nó.

—Pues aquí traigo una.

Pablo sacó del forro de hule del sombrero un papel y lo entregó á Don Sebastián.

El dependiente leyó la proclama del jefe español.

—¡Mil diablos montados en otros veinte! gritó el soldado, vea usted como nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; dicen que no quieren conquista, y comienzan por ocupar las aduanas y los palacios. Mire usted, Don Sebastián, primero le arrancan las orejas al teniente Pablo Martínez que creer una palabra de esa maldita jerga; yo no entiendo de escritos, pero mire, me "pelo el ojo" y veo todo lo que pasa.

—¿Y tú crees que puedan las tropas mexicanas pelear contra tres naciones?

—Yo sé que nos *rasgaremos el cuero* lo menos veinte varas, pero que el país no se pierde.

Con respuesta tan categórica no era posible continuar la conversación.

—¿Y quién es el Jefe de la plaza?

—Es un General español lleno de *dictorios*, caballero y cruz grande y señor Satiago y otras acétaras que yo no entiendo; ese hombre ha declarado en estado de sitio á Veracruz, y obligado á que le entreguen las armas de munición. Vamos, que primero me pongo en la boca de un cañón cargado de metralleta, que á las órdenes de esos *mandones*.

—¿Y dónde está el General Llave?
—En Jalapa; ese sí escupe en rueda de hombres. Vea usted, la noche de Antón Lizardo le hirieron la frente, y en la toma de Orizaba, ¡canario! ese Don Ignacio vale más que toda la escuadra.

—¿Y el General Uraga?

—Está en Huatusco con su pata coja; pero también es entrador, aunque según he oído decir no tiene fé en el pleito, esto no me gusta; vea usted, Don Sebastián, el General Zaragoza, que acaba de llegar al campo, ese sí tiene el corazón en su lugar; tan serio, tan callado y tan hombrón; porque, eso sí, de que recuerdo tomé en Silao la bandera, y ¡dentro muchos! ¡canario! y que las balas caían como granizo; le juro á usted que nada más dejó á este señor médico y me marché con mi General Zaragoza; ya sé cómo se *bate el cobre*, delante de él ó se vence ó se muere: ¡viva mi General!

—Ere entusiasta por el fronterizo.

—Y tráigase una botella, porque nunca miento al señor Zaragoza sin echar un trazo.

—Luego que sirvan la comida brindaremos por el bravo General.

—Bien, me esperaré.

—¿Cómo se llama el Jefe de la ambulancia que vienes custodiando?

—El Comandante Manuel Mondoñedo, intrépido y valiente si los hay; está poseído de una especie de hidrofobia que el primer extranjero que encuentra lo desbarata. ¡Demonio! si está furioso como un leopardo.

—¿Conque pareció?

—¿Quién?

—No, nada, pensaba en otra cosa; ¿y ese Comandante va á ligar?

—No debe tardar, se quedó á corta distancia dando órdenes á sus ayudantes.

—¿Y qué objeto trae?

—Viene estableciendo una línea de *Lazaretos*, porque seguramente se espera una de Dios es Cristo, y el General desea que no falte auxilio á nuestros soldados.

—¿Y ese señor Mondoñedo dirige la ambulancia?

—No, es ayudante del General Zaragoza y comisionado interinamente del Cuerpo de mediquines, mientras llega la hora de los batallas.

—Que será pronto.

—Sí, ya se acerca, no hay remedio, Don Sebastián. Ya me choca la dilación del Comandante, algo le pasa, nada tiene de posma ¡Gumercindo! gritó con toda la fuerza de sus pulmones, acércame el caballo.

El asistente partió violentamente y á poco presentó al

Teniente un arrogante potro rodado, que relinchaba de impaciencia. Pablo Martínez le acarició el cuello; el animal lo reconoció. Saltó el Teniente con grande agilidad sobre su corcel y al escape se puso fuera del edificio y en el camino por donde Mondoñedo debía venir.

III.

A poco andar distinguió Pablo Martínez al comandante, que venía hablando con un correo extraordinario del Cuartel General.

—¿Qué dejaste á tu salida, muchacho?

—Avanzando la división Zaragoza y mucho alboroto en el campo.

—¿Había alguna novedad?

—No, señor; parece que han entrado en *contestas* con mi general Uraga.

—Se sabía algo de los *mochos*?

—Parece que se juntan y que se han desprendido fuerzas para batirlos.

—¿Quiénes son los jefes?

—Carbajal y O. Horán.

Bien: me enteraré del pliego y contestaré en el acto; estamos próximos á la casa donde debo pernoctar.

Mondoñedo se reunió á Pablo Martínez, y seguidos del *extraordinario*, entraron en alojamiento.

Luego que el teniente salió en busca del comandante, Don Sebastián corrió al aposento del Sr. Mons y le participó las noticias dadas por Pablo Martínez.

La aparición de Mondoñedo podía darle alguna luz sobre el paradero del Conde, así es que esperó con impaciencia la llegada del estudiante.

Mondoñedo no creía encontrarse con su amigo, é ignoraba que tuviese una posesión en los alrededores de Puebla.

Después de su salida de México no había vuelto á preguntar por padre; pero la casualidad lo arrojaba delante de las personas de quienes deseaba apartarse para siempre.

El Sr. Mons salió al encuentro de sus huéspedes.

—¡Hola señor Mondoñedo! dijo fingiéndose el sorprendido: qué agradable encuentro.

—Más satisfactorio es para mí, respondió el estudiante, estrechando con fuerza á quel hombre, á quien lo arrastraba una profunda y secreta simpatía.

—También por aquí el calavera Pablo Martínez.

—Ya sabe el Sr. Mons, que yo por ir á la fiesta me quedo sin bautismo.

—Señor teniente, dijo el estudiante, voy á despachar el correo y hablar de un negocio al Sr. Mons; que la escolta esté dispuesta y la tropa se aloje convenientemente.

—Sí, mi comandante; en cuanto á mí estoy listo.

Diciendo esto, se marchó con su amigo Don Sebastián á tomar *algo*, como él llamaba á la opípara cena ofrecida en la rica casa del Sr. Mons.

IV.

Manuel Mondoñedo mostró el pliego á su protector y amigo.

El Sr. Mons leyó:

“La tropa que lleva usted estará pronta á escoltar á los comisionados extranjeros que se dirijan á México. Bajo su más estrecha responsabilidad cuidará usted de que no sean molestados por nadie; los acompañará usted hasta Puebla, donde se avisará por el telégrafo para que salgan algunas fuerzas al camino y evitar cualquier accidente.”

—Entre usted y hablemos.

El estudiante y el Sr. Mons entraron en la sala y se pusieron á hablar reservadamente.

—He sufrido mucho, amigo mío, decía el infeliz padre de Eloisa: pensé volverme loco aquella noche.

—Lo creo, caballero; pero al mismo tiempo felicito á usted por esa pérdida.

—¿Qué hubiera sido de mi pobre hija una vez á merced de ese calavera?

—Si lo hubiera usted visto arrodillado y confuso á los piés de esa mujer, cuyo nombre me es imposible revelar, entonces le inspiraría odio y desprecio.

—Es un miserable!

—Un desdichado aventurero, de esos que son tan comunes en la alta sociedad, que viven entre los grandes hasta que algún incidente provoca su descubrimiento. El bastardo del Conde del Jaral estaba lleno de compromisos, y tal vez mañana, después de arruinarse, hubiera abandonado á Eloisa.

—Es cierto, Dios ha salvado á mi hija.

Yo, señor Mons, he sido el miserable juguete de ese aventurero, yo, que en mi dignidad de hombre y de caballero, no debía aceptar la protección de una mujer bajo ningún pretexto.....estoy castigado; pero á mi vez, me erijo en el brazo de la Providencia, porque esa trama infernal, cuyos hilos tengo descubiertos, se dirige en contra de México y tiende á arrebatárle su independencia.

—Esto es horrible!

—Yo no puedo revelar nada, prosiguió con ardor el estudiante; pero puedo luchar, combatir, derramar mi sangre, si es preciso porque usted, caballero, ignora que los agentes de Europa están entre nosotros, y ávidos de nuestro oro y de nuestra tierra, se disputan su señorío, y luchan en las tinieblas, y se introducen en todas partes, y villanamente nos venden y nos traicionan.

El Señor Mons estaba aturdido con las revelaciones de Mondoñedo.

—Las escuadras han llegado, México se dispone á la lucha, pero la corrupción se encuentra en sus filas; se derramará el oro y tal vez la sangre, para conseguir desorganizar los elementos de defensa; es necesario sospechar siempre, estar alerta, porque al hombre de más confianza lo pueden convertir en un traidor!

—Mondoñedo, dijo el señor Mons, está usted sobre una mina, posee usted secretos que pueden comprometer sus existencia; es necesario valor y precaución.

—Caballero, conozco perfectamente á todos los satélites de ese poder oculto; ellos se alejarán de mí temiendo ser descubiertos; pero juro á Dios y á memoria de mis padres, que vendré á mi país y satisfaré los resentimientos que ahogan mi corazón.

—Seré usted, amigo mío, va usted á emprender un camino desconocido y erizado de escollos

—Lo sé, y estoy resuelto á todo; en mi venganza va la de Eloisa: esa mujer burlada en medio de una sociedad envidiosa y maldiciente, objeto del escarnio y de la sátira, quedará satisfecha mañana, cuando yo arranque el antifáz á ese miserable.

—Yo le he perdonado!

—Pero yo no, caballero; esa risa de desdén, ese papel ridículo de seglar, esa mujer humillando mi corazón y mi delicadeza, ese suplicio de ridículo, yo se los cobraré con sangre, ó me levantaré el cráneo de un pistoletazo!

—Terrible situación!

—Sí, horrorosa! mereced á mi carrera he obtenido un grado en el ejército; pero yo no busco el sacerdocio de la medicina, yo busco el combate, la pelea, la muerte!El general Zaragoza me ha comprendido, es el depositario de mis secretos y confía en mi valor; me ha alentado: sabe que juega un rayo, y yo sabré desempeñar la misión que me ha impuesto.

Aquellos dos hombres quedaron en silencio, midiendo el viejo el abismo á cuya cima se encontraba el estudiante, y el joven pensando en su venganza.